

DRAMÁTICA LATINOAMERICANA



D

L

PAREJAS

DE SUSANA LASTRETO

p

PAREJAS

DE SUSANA LASTRETO

LA OBRA FUE ESTRENADA EN PARIS EN ENERO DE 1995

PERSONAJES

EL HOMBRE 40 A 45 AÑOS

LA MUJER 40 A 45 AÑOS

EL AMIGO. UN HOMBRE JOVEN, 30 AÑOS COMO MÁXIMO

LA ANCIANA DAMA DE LAS ARRUGAS 70, 80, 100 AÑOS...

LA ADOLESCENTE 13 AÑOS

Noche. Una adolescente sin sueño. En la oscuridad de su cuarto, escucha... Los adultos festejan, hacen el amor, hacen la guerra. La adolescente se levanta, abre puertas, deambula, sorprende intimidades, confesiones, penas, secretos. Recorre un laberinto de pasiones, descubre el amor, observa el mundo adulto con una mirada curiosa, crítica o divertida y noche a noche, crece. Al final de la noche, o de las muchas noches, ya no será la misma: se habrá convertido en mujer, comenzará su propia vida.

El hombre y la mujer pueden ser considerados como la misma pareja o avatares de parejas diferentes. Por eso poco importa que a veces "la pareja" tenga hijos y a veces no, según las escenas. Ni que el tiempo sea cronológicamente "lógico". Según las escenas la pareja se separa, o recién se conoce, o viven juntos cien años.

Los personajes no tienen por qué tener relaciones de parentesco entre ellos: la anciana dama de las arrugas no es la abuela de la adolescente, ni la adolescente la hija de la pareja. Pero puede serlo a veces.

Es un universo mental. Es un mundo nocturno, de sueños y penumbra. Mi deseo es que la escenografía sea lo más simple posible y que todos los textos, incluso los más poéticos, sean dichos con una gran simplicidad y muy concretamente.

CREPÚSCULO

Penumbra. Entran una mujer y un hombre, lejos el uno del otro.

La mujer

¿Por qué siempre aceptaste todo? ¿Me dijiste toda la vida que sí? ¿Por qué? ¡Eternamente sí a mis caprichos infinitos! Durante años esperé que te negaras, que me dijeras no, esto es demasiado. ¿Por qué aceptaste que te engañara? ¿Que me fuera, que viniera, que me volviera a ir?

Esperé que me dijeras: ¡basta! ¡O te quedás conmigo o te vas y no volvés nunca más! Pero no. Te decía: me voy, y me hacías las valijas. Te decía: me mudo, y me hacías los paquetes. Te decía: vivamos cada uno en su casa y me decías: si querés... Un día te dije me acuesto con otro y dijiste: bueno... Dije: te quiero, pero a mi manera y contestaste: de acuerdo.

Y ahora todo está gastado, leproso, muerto. Mi corazón tiene gangrena y se cae a pedazos. Y el tiempo y las penas nos han roído el cuerpo, el alma, la juventud. Nunca hay que aceptar sin condiciones la ley del otro. Eso no es amor. Cuanto más te exigía más aceptabas. ¿Hasta dónde hubieras llegado? ¿Y si ahora te digo que te mates? ¿Y si te digo: matame? Te dije: no quiero hijos. Dijiste: como quieras. Dije: quiero hijos. Dijiste: es tu elección.

¡Pero es que vos eras mi hijo! El hijo obediente que para no perder nada, se calla. Podríamos haber hecho otra cosa: festejar nacimientos, cumpleaños, Navidades, Años Nuevos. Llorar juntos a nuestros muertos. Morir juntos. Vivir. ¿Se te desgarró el corazón? El mío es una piedra. ¿Por qué no me dijiste que no alguna vez? ¿Qué querías de la vida? ¿Qué soñabas? ¿Qué deseabas? ¿Por qué nunca me lo dijiste? *El hombre la mira y se aleja en silencio.*

PRIMERA NOCHE

Una adolescente espía detrás de una puerta semi cerrada. Se escuchan músicas, risas, copas que se entrecocan. Una pareja festeja sus veinte años de casados.

Ella está bailando con el amigo.

El

Entrando. Mami ¿te das cuenta? ¡Hace ya veinte años que estamos juntos!

El amigo

¿Veinte años? ¡Qué aguante! Es una maravilla.

Ella

Al amigo. No sabés lo que decís. Para mí es una eternidad. Hace veinte años que no hago lo que quiero.

El

Mami, compré una torta riquísima, de chocolate .

Ella

¡Pero si sabés perfectamente que no puedo comer chocolate, me hace engordar!

El amigo

A mí me parece extraordinario quedarse tanto tiempo con la misma persona. Yo, más de cuatro años...

El

Voy a prender la velitas de la torta *(Sale)*.

Ella

Haciendo muecas de dolor exageradísimas y sin parar de bailar. ¡Ay! ¡La pierna! ¡Otra vez! ¡Ay, qué dolor! ¡Papá traeme una aspirina!

El

Desde afuera. Ya va, estoy prendiendo las velitas.

Ella

¡Te digo que me traigas una aspirina! ¡Me muero! *Al amigo, olvidándose completamente del dolor.* Es siempre igual, hace lo que se le da la gana.

El

Desde afuera. No las encuentro.

Ella

Al amigo. Y nunca encuentra nada. A él. Están en la

cocina, arriba de la heladera, delante de tus narices. ¡Y apurate que me duele!

El amigo

Siempre tan impaciente. Está prendiendo las velitas...

Ella

¡No te vas a poner a defenderlo! Siempre hace lo mismo: se hace el simpático cuando hay gente. Después cuando estamos solos es insoportable.

El

Volviendo sin la aspirina. Nuestra historia ya la conocés ¿no? Seguro que sí, la cuento en cada aniversario. Hace veinte años pasaba en auto por el bulevar. De repente veo a una mujer divina esperando el ómnibus. Freno, doy la vuelta y paso de nuevo. Así dos o tres veces. Finalmente me atrevo a preguntarle si no quiere que la acompañe a su casa en auto. Me mira con cara de princesa ofendida y me dice que no. En eso llega el ómnibus, se lo toma y yo lo sigo como en las películas. Cuando la veo bajar, me paro, me escondo detrás del volante y observo la situación. La veo cruzar ondulando las caderas y entrar en su casa. ¡Qué mujer! ¡Una diosa! Después me hice el detective: averigüé su nombre, el número de teléfono. Le pregunté al carnicero, al panadero, al zapatero... La llamé todo el fin de semana hasta que me contestó...

Ella

Lo interrumpe excitadísima. En cuanto abrí la puerta de casa le dije a mamá: ¡Acabo de ver a un hombre tan buen mozo! ¡Se te caen las medias! Me ama. Nos vamos a casar. No me cabía la menor duda. En esa época era realmente de película...

El

Soñador. Quién sabe por qué en cada aniversario de casados vuelvo a contar esta historia... *Al amigo.* Será para impedirle al tiempo que carcoma los recuerdos. Uno se olvida tan rápido del nacimiento de las cosas... A veces uno quisiera recobrar el estado de gracia, volver a sentir lo que sintió la pri-

mera vez. Cuando la vi a esta mujer esperando el ómnibus, un terremoto sacudió mi vida y...

Ella

Lo interrumpe gritando. ¿Y mi aspirina? ¡Te olvidaste de mi aspirina!

EL

No grites mami, te la voy a buscar. *Sale.*

El amigo

A ella.. No me parece que te duela tanto... ¿no?

Ella

¡No te metas, por favor! Me alcanza con él. Se olvidó de traerme la aspirina. ¡Ay, cómo me duele! Voy a tener que ir al médico mañana mismo. Papi, mañana me tenés que llevar al médico. Voy a pedirle hora para las diez.

El

Volviendo. Mami, mañana a las diez tengo una reunión muy importante en la oficina. ¿No podés tomarte un taxi?

Ella

¡Ah no ! *Al amigo* ¿Ves cómo es? Yo estoy enferma y a él lo único que le importa es su reunión. A él. Sabés perfectamente que no puedo tomar un taxi en este estado. Tengo miedo con mi pierna enferma. Me puedo caer en la calle. Me tenés que llevar en auto.

El amigo

¿Por qué no llamás un taxi? Vendría a buscarte...

Ella

¡Siempre de acuerdo con él! Será la solidaridad masculina... Se ve que no sabés lo que es vivir con alguien. Cuando hay gente en casa, se tiene que mandar la parte. ¡Si le encanta llevarme para todos lados, se siente útil! Papi tenés que pasar a buscar-

me a las diez menos cuarto, sino voy a llegar tarde. Cada vez que me tenés que llevar a algún lado me hacés esperar. *Al amigo.* ¡Me pone histérica!

El

Te llevo al médico y te dejo, mami, porque tengo que ir a esa reunión sin falta.

Ella

Bueno, pero volvés a buscarme a las once, que ya habré terminado.

El

Voy a hacer lo que pueda mami porque voy a estar en plena reunión.

El amigo

Por lo menos para volver podrías tomarte un taxi...

Ella

¿Saliendo de lo del médico? ¡Estás loco! ¡Quién sabe en qué estado voy a estar! ¡Ah no! Que me vaya a buscar.

El

Desde afuera. ¿Abro una botella de champaña, mami?

Ella

¿Pero para qué hacés esa pregunta? Las copas ya tendrían que estar servidas y en la mano. ¡Con lo que nos gusta el champaña! *Al amigo.* Se pasa la vida haciendo preguntas, ¡qué insoportable!

El amigo

Alguna cualidad tendrá, me imagino, para que todavía estén juntos después de veinte años...

Ella

¡Pero si ya sabés cómo fué! En cada aniversario te lo vuelvo a contar... Cuando lo conocí, trabajaba por mi cuenta y lo dejé todo para irme con él. Me tomaron en su misma empresa. ¡Cómo nos diver-

tíamos! ¿Te acordás papi? El único que sabía que estábamos casados era el director, porque era un amigo. En aquellos años no tomaban a matrimonios, estaba prohibido. Porque iban a traer problemas, decían... Las secretarías trataban de levantarse a Pedro. Era de lo más cómico...

El

Entrando con una botella de champaña. A mediodía nos encontrábamos en un motel cerca de la oficina. ¿Te acordás mami?

Ella

Alegre y apasionada. Un día cayó la policía. Nos pidieron documentos. Cuando vieron que éramos marido y mujer, no lo podían creer. ¿No tienen lugar en su casa para hacer "esto"? nos preguntó un policía. Nosotros, mudos. ¿Qué íbamos a explicar? *Pícarra.* Mediodía siempre fué nuestra hora preferida ¿no es cierto papi? *El descorcha la botella de champaña y llena las copas. A lo lejos se oye una rumba de los años 50.*

El

¡Por nuestros veinte años, mami!

El amigo

¡Por los veinte años! *Ella brinda en silencio. La rumba se oye más fuerte.*

El

Feliz. ¿Te acordás mami? ¿Bailamos? *El va a dejar la copa sobre la mesa.*

Ella

No pongas la copa allí papi, para algo están los posas copas, sino la mesa queda llena de marcas. *El sonríe, la saca a bailar una rumba endiablada.*

El amigo

Burlón. ¿No era que te dolía muchísimo la pierna?

Ella

Sin dejar de bailar. ¡Ay! ¡Me agarra de nuevo! ¡Un

dolor horrible! Papi, me lastimás ¡Qué bruto! Siempre igual. *Al amigo, pero bailando siempre.* Hace veinte años que le digo que tiene que ser más delicado, más tierno. No hay nada que hacer, no cambia. ¡Para bailar hay que tener gracia, delicadeza! A él. ¡Hace veinte años que te lo repito! *Súbitamente tierna.* Hace veinte años que busco la ternura escondida en tu alma, veinte que quiero bailar con tu alma, con lo más profundamente escondido en tu alma, ...

El

Veinte años... ¿Te acordás mami? La primera vez que bailamos juntos... Lo recuerdo en cada aniversario, pero debería recordarlo siempre, todos los días del año... No quisiera olvidarme nunca de la primera vez, del ómnibus, de la rumba, de tus caderas de diosa...

La pareja se aleja bailando lentamente, como en un sueño. El amigo se queda solo, soñador. Descubre que la adolescente estaba allí desde el principio.

El amigo

¿Estabas aquí? ¿No dormías? *La adolescente sonríe sin responder.* Veinte años. Son muchos, son pocos... Depende. A tu edad deben de parecer muchísimos... Cuando yo era chico una hora era una cantidad de tiempo interminable. Y ahora... ¡Qué no daría porque ciertas horas no pasaran nunca, por volver a encontrar las horas perdidas! ¿Cuántas horas hay en veinte años? ¿Lo sabés? ¿No te importa? Tenés razón. A tu edad a mí tampoco me importaba. Veinte, diez, me daba lo mismo. *Con lirismo...* ¡Eterna era la vida y todo mío el tiempo! *Pausa.* ¿Tenés novio? *La adolescente sonríe.* ¿Sí? ¿No? ¿Es un secreto? ¿No querés que tus padres lo sepan? ¿Es buen mozo? ¿Rubio? ¿Morochó? ¿Parecido a mí? ¿Muy joven? ¿Muy viejo? *La adolescente sonríe, misteriosa.* Yo, me enamoré por primera vez a los dieciseis años. En Nueva York. Era verano. Había ido a aprender inglés. Vivía en lo de una pareja que tenía una hija, Mary Ann... Pelirroja, con unos ojos así de grandes, como los tuyos. En vez

de ir a clase, nos escapábamos y nos dábamos cita en Central Park. No hacíamos nada en todo el día. Sólo mirarnos y soñar con los ojos abiertos, tirados de espaldas en el césped. Planeábamos viajes juntos. Ella quería conocer París, la Ciudad Luz, decía, con un acento tan encantador que se me derretía el corazón escuchándola. Después caía la tarde. Nos quedábamos quietos mirando los rascacielos que se iluminaban uno detrás de otro. Es peligroso dicen, Central Park, cuando anochece. Qué miedo... Ella temblaba. Entonces yo le tomaba la mano... Yo no le tenía miedo a la noche. Me tenía miedo a mí mismo, a mis ganas de abrazarla... Le tenía miedo al tiempo que se nos iba, al verano que se escapaba... Tenía miedo de no atreverme a besarla nunca... Mary Ann decía "volvamos, que se hace tarde y en casa se van a preocupar"... Hablaba bien el castellano. Yo, el inglés... "I love you" fué lo único que aprendí a decir... ¡Cómo me quemaban el corazón, la lengua, el alma, mis ganas de abrazarla! Pero no era capaz de tocarla ni de decirle nada. Pensaba: todavía hay tiempo, me quedan tres días, dos, uno antes de irme. Mañana, todavía me queda mañana... Y "mañana" llegó un día, demasiado pronto... De regalo de despedida, sus padres nos llevaron a tomar el desayuno al último piso del Empire State. ¡Nueva York a mis pies! Nunca la había visto así... Era... no sé cómo decirlo... soy incapaz de describirla, pero allí estaba, vibrante, grandiosa. ¡Tanto habíamos soñado Mary Ann y yo con subir al Empire State! Nos imaginábamos perseguidos por los gansters, listos, para salvar nuestro amor, a saltar en el vacío, abrazados, la cabellera al viento... Como en las películas. Los padres tomaban el desayuno, tranquilos: café, huevos fritos con tocino. Mary Ann y yo no podíamos tragar ni un bocado. Fue ella quien me tomó de la mano y me hizo salir a la terraza. Soplaban un viento fresco. Resplandecía el cielo, azul como sus ojos... De repente sentí que enloquecía... Estaba borracho, embrujado... Sentí que me brotaban alas y que me iba volando lejos, rozando la cima de los rascacielos... Quería abrazarla, decirle "I love you", "quedate

conmigo para siempre", pero no me salía ni una palabra. Mary Ann me miró, su mano buscó la mía y la apretó muy fuerte, sus labios se acercaron, más y más cerca cada vez de los míos... Y entonces el mundo entero se dio vuelta. ¡Me caí del último piso del Empire State! Y vertiginosamente subían hacia mí las calles y los árboles, los muelles y los barcos, los autos, los paseantes, los árboles de Central Park... Me caía, me caía, y Mary Ann me alcanzaba en medio del cielo y seguíamos cayendo, abrazados los dos y... ¡me dio un patatús! Me despertó el padre de Mary Ann de una buena cachetada en la mejilla. Parece que a algunos la altura les da vértigo... Mary Ann sonreía pero ¡qué lejos estaban sus labios! Después el tiempo pasó... Nos escribimos, de vez en cuando. Al verano siguiente no pudo venir a verme para las vacaciones. Y siguieron pasando los años. Nos perdimos de vista. A veces cierro los ojos y siento de nuevo el mismo vértigo, veo sus labios que se acercan, me estremezco... *Larga pausa.*

La adolescente

Dame un beso. Es para aprender. ¿La vida es corta, no? *El amigo sonríe, duda un momento y después la toma entre sus brazos. Tratan de besarse pero la adolescente no sabe cómo y siempre hay algo que molesta: el cabello, la nariz... Finalmente renuncian: la adolescente, desilusionada, se enoja y se va. El amigo la mira alejarse, entre divertido y nostálgico.*

SEGUNDA NOCHE

En el cuarto de la vieja dama.

La vieja dama de las arrugas

A la adolescente. De niña, recuerdo, tenía en el alma una arruguita hecha de un pedazo de nube del cielo. En el libro donde aprendí a leer, había la imagen de un cielo arrugado de viento. Arrugas azules de cielo se deslizaban entre las nubes. Azul como el cielo era mi alma de niña, recuerdo. En la arruguita de nube escondía yo las cosas secretas que amaba. Porque nadie va nunca a mirar en las

arrugas del alma. A mi amor feroz y desesperado por Tarzán, lo escondí en la arruguita. Y soñaba conirme saltando de liana en liana con Tarzán, como en las películas. Pero vivía tan lejos, Tarzán, allá en África, y era yo tan chiquita... Viajábamos juntos en la arruguita del alma. Un día papá me dijo: cuando seas grande nos vamos a ir juntos de viaje al África. Sos mi monito lindo. Pero crecí y ¡zás! Desapareció el monito en la arruga del alma. Con Tarzán. De niña, recuerdo, tenía en el alma una arruguita azul de cielo y de nube. Y en ella guardaba sólo dulzuras. La caricia de mamá cuando me lavaba la espalda en mi baño de niña... Cuando mamá murió, se quedó dormida para siempre su caricia, en la arruguita del alma. Y también mamá toda entera, recuerdo, mamá y su ternura. De niña, recuerdo, tenía una arruguita en el alma. En mi alma de nube, azul como el cielo pintado en las páginas del libro donde aprendí a leer. Debajo de la imagen de la nube, estaba escrito: nube. Debajo del cielo estaba escrito : cielo. Debajo de la letra M decía monito. Y debajo de la letra P decía pena. Pena, penita, pena... Debajo de la letra A nadie había escrito alma, ni amor, ni arruga, ni adiós. He escondido en mi alma las penas, para que no me hagan daño, y las alegrías, para que no me digan adiós. Te quiero, me lo dijo la primera vez. Te quiero, te quiero, te quiero...

La vieja dama se calla, se queda perdida en sus recuerdos. Aparece una pareja joven, en otro lugar. Juegan a perseguirse, se ríen, se besan, están enamorados.

La mujer

Jugueteando, pícara. ¿Todavía me querés?

El hombre

Sí.

La mujer

¿Te sigo gustando?

El hombre

Sí.

La mujer

¿Soy la mejor de tu vida en la cama?

El hombre

Sí.

La mujer

¿Soy única?

El hombre

Sí.

La mujer

Decime que nunca me vas a dejar.

El hombre

No.

La mujer

No ... ¿qué?

El hombre

No, nunca te voy a dejar.

La mujer

¿Aunque te haga sufrir?

El hombre

Aunque me hagas sufrir.

La mujer

Decime que nunca me vas a hacer sufrir.

El hombre

Nunca te voy a hacer sufrir.

La mujer

Nunca se sabe...

El hombre

Sí.

La mujer

Sí... ¿qué?

El hombre

Serio. Sí, tenés razón. Nunca se sabe...

La pareja se aleja, jugando otra vez, enamorada. La vieja dama de las arrugas y la adolescente siguen hablando.

La vieja dama de las arrugas

Un día dije: papá, nunca me voy a casar. Y papá dijo: todas la niñitas crecen. Y un día se hacen mujeres y otro día se casan y otro día tienen hijos... Y así son las cosas de la vida.

La adolescente

Empieza hablándole a la anciana dama, pero después se separa de ella y sigue pensando en voz alta. Yo nunca me voy a casar. Primero, que no entiendo por qué tengo que pasarme la vida durmiendo con alguien en la misma cama. Segundo, que a mí me gusta despatarrarme, así que alguien, sobra. Y además los hombres son asquerosos, se tiran pedos en la cama. Motivo de divorcio. Y encima, roncan. Hace catorce años que ronca tu padre, dice mi madre. Pero sigue durmiendo en la misma cama. Yo no aguantaría. ¡Ah, y el baño! Es absolutamente imposible compartir el baño con un hombre. Dejan pelos por todas partes, nunca secan el piso, y como cuando hacen pis apuntan mal... La hermana de Verónica, mi mejor amiga, va a casarse. ¡Me da una risa! Entre la madre y ella, se lo están comprando todo. Sobre todo, camisones. ¿Y para qué sirve tanto camisón? Y nena, una tiene que ponerse un lindo camisón para que su marido se lo saque, dice su madre. ¿Y entonces para qué se lo pone? Pero mi mamá le dijo a la mamá de Verónica: ¡Ay, pensar que con el tiempo hasta un cinturón de castidad te pondrías, con tal de que te deje dormir! Entonces, ¿por qué una se quedaría clavada durante años en la misma cama, escuchando roncar, oliendo pedos, y encima rogando que no te saquen el camisón que te compraste justamente para que te lo saquen? Además que entre los pedos y los ronquidos, una no puede dormir. Yo voy a dormir sola, con o sin camisón. Pero casarme...

Un gran ronquido interrumpe a la adolescente. Se oyen crujidos, suspiros, roce de sábanas. Una voz de mujer en la oscuridad.

La mujer

Date vuelta, estás roncando.

El hombre

Adormilado. ¿Qué? ¿Qué pasa?

La mujer

Estás roncando. *Se enciende la luz. Una pareja en la cama.* Desde que nos acostamos no pegué un ojo.

El hombre

Tomá una pastilla, yo me levanto temprano.

La mujer

Estaba pensando. Se piensa mejor de noche, hay tiempo.

El hombre

Me queda poco tiempo para dormir. Mañana trabajo. Apagá.

La mujer

Antes me hubieras preguntado en qué pensaba... O me hubieras pedido que te contara mis sueños...

El hombre

Antes... Antes eran otros tiempos. Estoy cansado. Apagá.

La mujer

Esperá. Pensaba... en la primera vez que me viste. ¿Te gusté enseguida?

El hombre

Dejame dormir.

La mujer

La primera vez que te dieron ganas de hacer el

amor conmigo, ¿cuándo fué? Contame.

El hombre

¡Pero ya te lo conté miles de veces!

La mujer

Contámelo otra vez más, no seas malo ¿qué te cuesta? *El hombre, resignado, se sienta en la cama, se acomoda como si fuera a contar una larga historia...*

El hombre

Fué en una confitería. Habíamos ido a tomar algo después del cine y...

La mujer

Lo interrumpe. ¿Y qué hice para que me desearas?

El hombre

Nada. Pausa.

La mujer

En aquella época me deseabas todo el tiempo.

El hombre

En "aquella época", como decís, no te dolía la cabeza, no teníamos a los chicos, no me levantaba al alba, ¡teníamos tiempo!

La mujer

Es lo que te digo. Antes teníamos tiempo.

El hombre

¿Te parece que es hora de discutir de estas cosas? No puedo más, apagá.

La mujer

Haceme el amor. *El hombre suspira y se acomoda para dormir.* Estamos despiertos. Los chicos duermen, oigo la lluvia sobre las tejas, siento el olor de la tierra mojada como si estuviera afuera. Me excita... Hagamos el amor como locos, como si fuera la primera vez.

El hombre

Dormite. Estoy cansado. Mañana. *Pausa.*

La mujer

Violentamente. ¡Me hacés el amor ya mismo! *Se apaga la luz. En la oscuridad se oye una cama que cruje, un jadeo violento, los ronquidos del hombre. La luz se prende. Dulcemente.* ¿Ves? Antes, me hacías el amor. Ahora ... Lo que hacés es coger. *Se oye la lluvia, cada vez más fuerte. La vieja dama de las arrugas surge como en un sueño en medio de la noche. La pareja desaparece. La adolescente y la anciana se acercan. La adolescente la escucha.*

La vieja dama de las arrugas

Era yo una niña el día en que mamá se durmió para siempre. La vi acostada en su cama, toda blanca y dormida bajo los pliegues de una sábana inmensa. Papá le puso los guantes de encaje blanco que llevaba el día de su boda. Y desde entonces mamá fué como un cisne dormido en la orilla de mi vida. *Pausa.* Mi amor me dijo: te amo y desde ese entonces, lo amé.

Me amó en mi juventud y con él, recuerdo, fui eternamente joven. ¿Por qué se fué para siempre, por qué? *Hablando consigo misma.* Mis penas de antaño, mis alegrías perdidas ¿dónde podré guardarlas? Para que nadie las vea, para que nadie las toque. Quisiera volver a encontrar aquella arruguita azul de nube que tenía en mi alma de niña. Pero ya no soy niña y se deshilvanan los recuerdos...

Te amo, me lo dijo la primera vez. Y todos los días de nuestra vida me lo volvió a decir.

¿Dónde voy a esconder ahora mi pena nueva y mis antiguas alegrías para que nadie las robe? Ahora que he crecido y se me ha perdido aquella arruguita que tenía en el alma, recuerdo, cuando era niña. No supe que era la última, esa lejana noche de sus besos. Nadie nunca me enseñó en la escuela la palabra adiós. Cuando él se fué se me hizo añicos el alma. Y no sé adónde se habrá ido la arruguita que tenía, recuerdo, de niña, aquella arruguita de nube en un cielo azul... Porque alma, ya no tengo más .

La vieja dama de las arrugas se aleja y desaparece.

TERCERA NOCHE

Cena. *Se oyen ruidos de vajilla, pasos apurados o todo tipo de ruidos caseros y una canción de amor en la radio. Un hombre sentado en la mesa, tenedor en mano, espera que le sirvan. Su mujer le presenta el plato. El hombre prueba y manda el plato de vuelta para la cocina. Grita algo que la adolescente no puede oír porque la radio está muy fuerte y ella lejos, en otra habitación. La mujer vuelve una segunda vez con el plato, el hombre prueba y lo manda de nuevo para la cocina gritando algo que se oye mejor: una serie de gruñidos. Cuando la mujer vuelve por tercera vez, la adolescente apaga la radio y se oye la voz del hombre, furioso.*

El hombre

¡El arroz! ¡Cuándo vas a aprender a cocinar! ¡Es una porquería! ¡Todo pegado! ¡Nadie te pide que seas un "Cordon Bleu", pero el arroz! ¡Basta! ¡Me tenés hartó! ¡Andá a pedirle a tu madre que te enseñe a cocinar! *La mujer se saca el delantal y sale. Se oye un portazo. El hombre se levanta y corre hacia la puerta. Como un niño...* Mi amor... *Se da vuelta, triste, y descubre a la adolescente que lo está mirando, ligeramente burlona.* ¿Qué hacés aquí? *Furioso.* ¡Andá a acostarte!

Después de cenar...

El hombre, cómodamente instalado, está leyendo un libro. Entra la mujer. El hombre trata desesperadamente de seguir leyendo... Durante casi toda la escena contesta en un tono distraído. Lo importante es la novela policial que está leyendo...

La mujer

¿Estoy tan linda como antes ?

El hombre

Sí.

La mujer

Estás mintiendo.

El hombre

No, no...

La mujer

Estoy más vieja.

El hombre

Y sí, es normal.

La mujer

¡Ves cómo sos! Decís que estoy más vieja.

El hombre

Yo no dije eso.

La mujer

Pero ya no soy como antes.

El hombre

Todo el mundo cambia.

La mujer

Tengo barriga.

El hombre

Sí, pero yo te quiero así.

La mujer

¿Así? ¿Cómo?

El hombre

Así con barriga.

La mujer

¿No ves cómo sos? Pensás que tengo barriga y que ya no soy tan linda.

El hombre

Yo no dije eso.

La mujer

¿Cómo era antes?

El hombre

¿Antes? ¿Cuándo?

La mujer

Y antes, cuando nos conocimos.

El hombre

Linda... y joven.

La mujer

¿Así que ahora no soy más linda y joven?

El hombre

Yo no dije eso.

La mujer

Pero ya no tengo más veinte años...

El hombre

Yo tampoco.

La mujer

Bueno, y entonces ¿qué decís?

El hombre

Que todavía sos linda y que yo te quiero igual.

La mujer

¡Yo no quiero ser linda "todavía", quiero ser linda y punto! *Pausa. El hombre suspira resignado, cierra el libro y contempla a la mujer, entre aburrido y tierno. De-cime que no se me caen las tetas...*

El hombre

No se te caen.

La mujer

Tocándose diferentes partes del cuerpo. Tengo unos pliegues... acá... y acá... por todos lados. ¡Estoy horrible!

El hombre

Pero no, estás bien...

La mujer

Uno tendría que morirse a los treinta años.

El hombre

Abriendo de nuevo el libro. No ¿por qué? Uno debería ser inmortal. *Se pone a leer de nuevo. Pausa.*

La mujer

Decime que te gustan mis pliegues.

El hombre

Sin dejar de leer. Me gustan tus pliegues.

La mujer

¡Ves, estás diciendo que tengo pliegues!

El hombre

¡No dije que tenés, dije que me gustan!

La mujer

No me querés más.

El hombre

Ligeramente exasperado, cierra otra vez el libro. No digas macanas. Yo te quiero mucho.

La mujer

Pero antes me amabas.

El hombre

Y ahora también te amo. *Pausa.*

La mujer

Decime que me querés con arrugas.

El hombre

Sí, te quiero con arrugas.

La mujer

¡Ah, ves! ¡Estás diciendo que tengo arrugas!

El hombre

No, no tenés arrugas. Tenés alguna arrugita...

La mujer

¡Pero yo no quiero tener ni arrugas ni arruguitas! Decime que no tengo.

El hombre

Bueno. Si no querés no tenés...

La mujer

¿Cómo querés que te crea cuando me decís que me amás si me mentís sobre las arrugas? Decime que no engordé, que no tengo arrugas, que estoy bárbara, que estás loco por mí.

El hombre

Bueno, te lo digo.

La mujer

¡Pero decilo!

El hombre

Estoy loco por vos.

La mujer

Es mentira.

El hombre

Bueno, es mentira.

La mujer

¡No, no es cierto! Decime la verdad. ¿Me querés?

El hombre

De repente serio, no juega más. ¿Y vos? ¿Me querés? *Se miran en silencio. La adolescente entra y los observa. Ellos no la ven. Salen sin hablar.*

La adolescente

Yo pienso: una cama para cada uno, un baño para cada uno, y al fin y al cabo, cada cual con su vida. Sobre este punto Verónica y yo estamos de acuerdo. Pero la hermana de Verónica se burla: para vivir de esa manera no hace falta casarse. Tiene razón.

Hace falta si uno quiere pagar menos impuestos y recibir las asignaciones familiares, dice mamá. Sobre este punto mi madre y la madre de Verónica están de acuerdo. Tienen razón.

Hay que ser ricos para vivir como te gusta: los ricos tienen varias habitaciones y varios baños. Vos, a pesar de ser hija del plan de "fomento a la natalidad" resultaste ser hija única. Tendrías que estar feliz de tener un cuarto para vos sola. No hay nadie que ronque al lado tuyo, así que ¿de qué te quejás? dice mamá. Pero si yo no me quejo. El tema es que no voy a hacer más tarde lo que no hago ahora: roncar de a dos.

Verónica y su hermana duermen juntas en el mismo cuarto. Su hermano tiene un cuarto para él. Verónica es hija del "Plan de fomento para la producción y el desarrollo de un tercer hijo". ¡Pobre Verónica! No sabe si enojarse o estar orgullosa de su contribución al aumento de la población de "este país de viejos dónde sólo hay dos niños por pareja desde que empezó la crisis". ¡Qué responsabilidad! Yo no sé si podría asumirla. Estoy pensando... *Se interrumpe porque oye a la mujer que se acerca hablando sola.*

La mujer

Estoy pensando que... *Pausa.* Ahora me voy a sentar en esta silla y me voy a poner a pensar. Los chicos duermen. Él todavía no volvió. Quién sabe dónde anda... Yo, aquí me siento y me pongo a pensar. *Pausa. Se sienta.* Estoy pensando por primera vez desde... No me acuerdo. Pensar es difícil. Una pierde la costumbre. Suponiendo que una la haya tenido alguna vez, la tal costumbre. ¿La tuve alguna vez? *Pausa.* No sé qué pensar. Pensar es peligroso. Pienso que... Quiero a mis hijos. Quiero a mi marido. Para eso me educaron. Para querer, digo. A un hombre, a mis hijos. No sé a quién podría querer sino. *Pausa breve.* Podría quererme a mí, claro. A mí misma. A mí. *Pausa.* Ya no sé más a quién quiero. Los chicos duermen. Él, no sé dónde anda. A los chicos los quiero. A él... Pensar es peligroso. Par-

tir es peligroso. ¿Para ir adónde? Una no se va sin los chicos. Los chicos viven con una. Si una se va, no se los puede llevar. Si una abandona el domicilio conyugal, ¿me entiende señora? Una entiende. Una, soy yo. No trabajo más. Él no quiere que trabaje. Quiere que me ocupe de los chicos. Yo no puedo irme sin los chicos. *Pausa.* Si quiero, puedo. Puedo trabajar. Puedo irme. Pero no sé si quiero. Así es que no puedo. Me educaron para que deseara querer. A un hombre. A un marido. Al mío lo encontré un día ahí al lado. Dicen que al amor uno lo encuentra siempre ahí al lado. Entre los vecinos. Él era un vecino de casa. Yo tenía veinte años. A él lo habían educado para tener una mujer. Que se ocupara de su casa y punto. Para llevarla a cenar afuera todos los viernes. Para hacerle el amor cuando se le daba la gana. El resto del tiempo... *Pausa.* Vuelve a casa a las nueve de la noche. Toca la bocina. Abro la puerta del garage. Entra el coche. Cierro la puerta del garage. No me dice ni ay. No me da un beso. Está bebido. Los chicos lo esperan desde hace horas. A veces les dice hola, pero no siempre. Está bebido. Los chicos lo esperan como soldados: firmes. No hay que contrariarlo. Hay que ser amable. Quererlo. Está borracho. *Pausa.* Sale del trabajo a las seis. ¿Qué estará haciendo desde esa hora? Ya es medianoche...

Medianoche. *Hay una fiesta en la casa. Fuegos artificiales en el cielo. La mujer se ha ido. La adolescente entra y escucha la música de la fiesta. En el living, que no se ve, hay mucha gente. La anciana dama de la arrugas aparece, vestida de fiesta, irreal, maravillosa. Trae un paquete de regalo para la adolescente.*

La vieja dama de las arrugas

A la adolescente. ¡Las doce! ¡Feliz Navidad querida! *La adolescente abre el regalo: es un par de zapatos de taco, un par de zapatos de mujer.* Tratalos con mucho cuidado. ¡Los zapatos, querida, los zapatos! La belleza de una mujer depende de sus pies: hay que cuidarlos mucho. Unos lindos piés

para caminar. Lejos. Lejos por el vasto mundo... Así me fui yo un día con él, caminando, caminando con él, a través del mundo... *La vieja dama de las arrugas se aleja bailando y desaparece. La música de la fiesta, las risas, se hacen cada vez más presentes.*

Voz de mujer

¿Dónde están los chicos?

Voz de hombre

En el jardín. Están mirando los fuegos artificiales. Les di permiso para quedarse despiertos toda la noche.

Voz de mujer

¡Feliz Navidad, mi amor!

Voz de hombre

¡Feliz Navidad, querida! *Una puerta se abre. Entra el hombre. La adolescente lleva los zapatos en la mano.*

El hombre

¿Qué hacés? ¿No mirás los fuegos artificiales? Vení. *Le da un beso* ¡Feliz Navidad, nena! *La música y los fuegos estallan. Pasa el hombre joven. La adolescente le sonríe.*

CUARTA NOCHE

Se enciende una luz. El hombre y la mujer están en su cuarto. La adolescente en el suyo, pero oye la conversación. No se debería ver completamente a la pareja. Sólo un área del dormitorio. Mostrar una "visión fragmentada" de la escena.

La mujer

¿Jugamos? Yo soy Justine y vos... haceme lo que quieras... Yo juego a que no se me mueve un pelo... pero me dejó hacer cualquier cosa...

El hombre

Bueno... pero hoy me gustaría jugar a algo todavía más ...

La mujer

... ¿prohibido ? A ver... soy la Hermana Feliciano y vos sos el cura de la parroquia. Padre, vengo a confesarme... Me interrumpís enojadísimo: ¡Hermana, usted ha cometido un pecado venial! Quítese el velo y recite tres Ave María... Ay, ¡pero no, me equivoqué! ¡Usted ha cometido un pecado mortal! ¡Quítese el traje! Ahhh... Pero debajo no tiene nada puesto... ¡Qué vergüenza! ¡Le voy a dar unas buenas palmadas en esa colita!

El hombre

¡Bueno, basta! Si vos hacés todos los papeles, ¿yo qué hago?

La mujer

Tenés razón, cambiemos... Yo soy María, la mucama. Vos te acabás de despertar. Gritás: ¡María! ¿Ya preparó el desayuno? Venga a traérmelo a la cama por favor. Ay... pero... ¡pero tiene una media corrida! ¡Qué desprolija! Le voy a dar...

El hombre

... una linda palmada, ya sé. Te encanta que te dé una... *Se oye una palmada, la mujer ríe, se escapa.* Pero seguís haciendo todos los papeles.

La mujer

Si estos no te inspiran, se me ocurren otros... Mírame: soy un ángel desnudo... Vos abris y cerrás mis alas... así... así... hasta hacerme gozar... Y ahora soy un hombre, muy joven, casi un adolescente... y te recibo en ese agujero soberbio, suave, redondo, acogedor que tengo en el culo... Soy una puta y vos sos mi asesino: ¡matame a puñaladas! Y yo te estrangulo hasta que goces y sobre tu esperma crezca la mandrágora... Soy una perra caliente, una cerda bañada en fango... Soy una loba, una leona, un dragón surgido desde fondo de los tiempos... ¡Soy un vampiro sediento! *El hombre deja escapar un quejido.* Soy una virgen, una virgen inmaculada... Nunca nadie

me acarició. Tengo miedo, mucho miedo... Ay señor, cuidado... me está haciendo daño... Soy toda negra y mi piel brilla y resbala entre tus manos... Soy un sexo desconocido que descubris en la oscuridad... Soy una extraña que llama a tu puerta en medio de la noche: me abris. Buenas noches señor, vengo de muy lejos... Pero yo no la conozco, nunca la he visto... Bueno venga, pase, no, mi mujer no está... Soy casado, sí, desde hace muchos años... Desvístase, hace mucho calor aquí... Y entonces te digo: yo soy la muerte y te vengo a buscar. ¡Perdiste! ¿Por qué abriste la puerta? Es peligroso abrirle la puerta a los desconocidos. Mirame: soy tu mujer, tu mujer muerta, ¡tu mujer que asesinaste!

El hombre

¡Basta! ¡Tu juego no tiene nada de divertido! *Larga pausa.* Ahora vamos a jugar como a mí me gusta... Estamos en casa vos y yo: cada uno hace su propio papel. Llegá tu amiga Eleonora. Le digo: estás muy linda hoy, Eleonora...

La mujer

No.

El hombre

¡Pero si es un juego! Ahora te toca hacer el papel de Eleonora. La ayudo a sacarse el tapado... después la desvisto lentamente... le doy un beso... aquí...

La mujer

No.

El hombre

... y después acá... le acaricio despacito los pechos... así, delante tuyo... vos nos mirás...

La mujer

Grita. ¡No! *La luz se apaga. Escenario a oscuras. La adolescente prende su velador. Escucha un rato los*

ruidos nocturnos y después apaga. La luz del dormitorio vuelve a prenderse.

La mujer

¿Hasta dónde me querés?

El hombre

No sé.

La mujer

Hasta el cielo. Se dice: te quiero hasta el cielo.

El hombre

No sé decir esas cosas.

La mujer

Entonces no me querés.

El hombre

Lo único que querés de mí es que te la dé...

La mujer

Es que me encanta tu pito...

El hombre

¿Ves? Sólo pensás en eso. Amarme, no me amás. Sólo te interesa el sexo...

La mujer

El sexo está en mi cabeza. Así es como yo funciona. El sexo y la cabeza van juntos. *Pausa.*

El hombre

¿Te sigo haciendo gozar?

La mujer

Cuando mi cabeza está de acuerdo... El otro día en el ómnibus estaba pensando en vos. Viajaba parada. ¡Estaba tan caliente! Apreté bien fuerte las piernas y empecé a moverme despacito. Buscaba el placer... Te buscaba. El ómnibus estaba repleto. Tuve un orgasmo ahí parada. Después me dió vértigo y me temblaban las piernas. ¡Me daba una risa toda esa gente tan seria alrededor

mío que no tenía la menor idea de lo que yo estaba haciendo! Era de más excitante.

El hombre

¿Ves? Me pregunto para qué sirvo.

La mujer

¡Pero si fué pensando en vos! *Pausa.*

El hombre

Tímidamente. Decime... a veces, cuando hacemos el amor... ¿fingís ?

La mujer

Haciéndose la que no entiende. ¿Fingir? ¿Qué cosa?

El hombre

Incómodo. El orgasmo... Parece que muchas mujeres hacen eso... fingen.

La mujer

¿Ah, sí?

El hombre

Contestame.

La mujer

¡Pero no! ¿De dónde sacaste eso?

El hombre

Cada vez más incómodo y queriendo saber a toda costa. Decime. A mí me podés decir la verdad... *Pausa.* De todos modos si mintieras yo me daría cuenta.

La mujer

Ligeramente burlona. ¿Ah sí? *Pausa.*

El hombre

Tocámela...

La mujer

Riéndose. ¿Ves? Sos vos el que piensa sólo en

eso... *La mujer sale de la pieza y descubre la puerta entreabierto del cuarto de la adolescente.* ¿Qué hacés con la luz prendida? Apagá, que mañana te levantás temprano. *La adolescente apaga la luz. El escenario queda a oscuras. La adolescente sale de su pieza. Escucha hablar detrás de una puerta. La empuja, mira. La pareja está en el living. Durante toda la escena el hombre va y viene: acerca una mesita, la instala delante de la televisión, busca los cigarrillos, los lentes, una cerveza. En resumen, se prepara a pasar una maravillosa velada mirando televisión. La mujer lo observa instalarse, inmóvil.*

La mujer

¿Vamos al cine?

El hombre

Afable, pero empezando a instalarse. Si querés.

La mujer

¿Pero tenés ganas?

El hombre

No sé... Como quieras.

La mujer

Bueno... ¿Y qué vamos a ver?

El hombre

No sé. Elegí vos.

La mujer

¿Preferís salir a cenar?

El hombre

No... No sé... Cómo tengas ganas.

La mujer

¿Pero qué preferís?

El hombre

No sé... Como prefieras vos.

La mujer

Bueno, yo tampoco sé... Si querés nos quedamos en casa...

El hombre

Sentándose, con una cerveza delante de la televisión.
Bueno. Como quieras.

La mujer

Sin moverse. ¿Querés que prenda la tele?

El hombre

Prendiendo la televisión. Si querés... *Es un partido de fútbol. La mujer no se mueve. Él mira el partido entusiasmado y se olvida totalmente de la presencia de la mujer.*

La mujer

Estalla. ¡Y además estoy harta de correr un mes entero todos los santos veranos, porque decidiste que en verano hay que "hacer un esfuerzo y practicar deportes"! Hace quince años que nado, corro y trepo cuchillas bajo un sol de plomo todo el mes de enero nada más que para darte el gusto! ¡Odio el verano, odio caminar, odio los deportes y odio a los deportistas!

QUINTA NOCHE

A lo lejos se oye un aria de la ópera Norma. La música viaja, se acerca, se aleja, vuelve. El hombre joven la escucha. La adolescente también. La dama de las arrugas lee una carta. Norma puede surgir de la radio que escucha la dama de las arrugas. Todos los personajes están presentes en escena, pero cada uno en su espacio.

La anciana dama de las arrugas

Leyendo una carta. "Amor mío: Quisiera abrir una puertita en tu pecho, ahí donde está tu corazón, y después entrar, cerrarla y esconderme. Esconderme hasta el final de los tiempos, mi cuerpo entero y mi alma, bien adentro de tu piel, amor de mi vida.

Y cuando se vuelva frágil tu cuerpo, como una antigua porcelana, allí estaré. Y allí todavía cuando sienta tu cara entre mis manos tan fina y transparente como es el papel de esta carta entre las tuyas." *Deja de leer y habla muy bajito, para sí misma.* Mi amor, mi amor. ¿Por qué me escribiste esta carta, vos que un día me dejaste de prenda sólo la ausencia de tu amor ¿por qué? ¿Quién me cruzará los brazos sobre el pecho para ocultar la puerta de mi corazón, quién? Esa puerta dolorosa que he cerrado para siempre, para nunca más llorar tu ausencia. *Vuelve a leer.* "Amor mío. Estaré a tu lado todavía cuando en este mundo tu tiempo y el mío lleguen a su fin. Y cuando se conviertan bajo la piel en polvo nuestros huesos, allí estaré..." *Se interrumpe. Empieza a reírse a carcajadas que se transforman en sollozos.* Norma se ha ido alejando poco a poco hasta desaparecer. *La imagen de la anciana queda presente pero como esfumada.*

El hombre irrumpe en escena, en el mismo espacio en que se encuentra el hombre joven. Es como si el hombre se acabara de despertar de una pesadilla. El hombre joven lo escucha.

El hombre

Jadeando, y con pasión. Esta noche tuve un sueño... ¡Yo que no sueño nunca! Me desataba los cordones de los zapatos, el nudo de la corbata, el cinturón ... Me iba despojando... Desabrochando, deshaciendo, desatando... Botones, cordones, cinturones, la pulsera del reloj... Y tenía siempre otra cosa para sacarme. Llevaba capas y más capas de ropa. Conseguía deshacerme de una y abajo aparecía otra... Y otra... Y otra... Sobretodos, sacos, pantalones, camisas, corbatas... ¡Corbatas y más corbatas! Corbatas de moño... Chalecos... ¡Llevaba puesto un chaleco de seda blanca para mi casamiento! ¡Y mi primera corbata era azul marino con lunares rojos! Negra la del luto... Iba desandando y desandando los años...

Y me desabrochaba, me desataba, me desnuda-

ba... Creía que estaba solo, pero de repente la vi... Estaba allí, agazapada en la penumbra... Le rogué: ¡ayúdame a quitarme todo esto! Pero ella ni se movió: me miraba en silencio. Entonces volví a empezar: botones, cinturones, cordones, corbata, pulsera del reloj, elástico, cuello, puños... De pronto ¡me quedé en pañales! Ella se echó a reír... A carcajadas me decía: ¡ya no sos un niño! ¡Nunca más serás un niño! ¡Nunca más! Me desperté de golpe. Estaba sudando a mares. Ella dormía al lado mío, inerme, vulnerable. Yo... ah... como decir... no sé... pensé... alrededor nuestro... la furia del mundo... el mundo se desencadena y nosotros... Me levanté, abrí la ventana y contemplé el cielo. Cuando era niño, me parecía tan fácil seguir el camino que las estrellas trazaban en el cielo...

El hombre joven

Al hombre. Un cielo de verano. Espléndido. Recuerdo las tumbas. Antiguas. De piedra. Y clavadas en la piedra, las cruces de hierro forjado. Fui el primero en llegar. En auto. Solo. *Pausa.* Recuerdo a los padres de Roy. Llegaron al mismo tiempo que el coche fúnebre. Ella, de sombrero de paja y vestido floreado. Él, de traje azul marino. También yo iba de traje. El empleado de las Pompas Fúnebres desplegó una mesa debajo de un gigantesco roble. Trajo cervezas. Vasos. Una torta de manzanas. Sillas plegadizas. Nos sentamos. *Pausa.* "¿Así que usted es el amigo de Roy?" me pregunta la madre. "No me lo imaginaba así". El padre, mudo. "Espero que haya sido feliz" dice la madre. "Casi ni lo vi en estos últimos diez años... Me imagino que usted lo quería. ¿Llegó a ser un buen actor? Nunca lo vi actuar." *Pausa.* El empleado de las Pompas Fúnebres empezó a cavar el hoyo. Recuerdo los campos de trigo más allá del cementerio. "Espero que no haya sufrido" dijo la madre. "No tuve el coraje de ir a verlo al hospital. Y además vivimos tan lejos... Mi marido firmó la partida de defunción lástima que usted no podía firmarla eso nos hu-

biera evitado el papeleo mi marido detesta el papeleo pero claro como no estaban casados ay pero qué tonterías estoy diciendo." *Pausa.* El hospital... Día y noche fui al hospital. Roy ya no comía. Por la nariz le salían demasiados tubos. Se le hundían en la garganta. ¡Pensar que le gustaba tanto comer! El que cocinaba era siempre yo. Él no tenía tiempo. Su tiempo era para el teatro. Su pasión. Le devoraba sus días, sus noches, la vida.

Sus padres... Los conocí ese día. El día del cementerio. Nunca habían querido conocer al hombre que amaba su hijo. No querían ser los padres de un hombre que amaba a los hombres. *Pausa.* "¿Y qué fué lo último que dijo antes de morir?" me pregunta su padre. "Nada en particular. Le alegraba saber que al día siguiente de su muerte yo iría a la ópera a escuchar "Norma" porque habíamos soñado con ir juntos. Le pregunto: "¿conoce Londres?" Pega un alarido: "¡Londres, ciudad de maricas!" *Pausa.*

Me acuerdo de nosotros cuatro al borde del hoyo. Me parecía ver la sonrisa de Roy atravesar la madera del ataúd. La madre quiso que recitáramos el Padrenuestro. De la mano. La mano crispada del padre de Roy apretaba la mía. Recuerdo las paladas de tierra sobre el ataúd. Recuerdo a la madre de Roy diciendo "Adiós, no sé qué más decirle". Recuerdo al padre de Roy alejándose, mudo, arrastrando a su mujer de la mano hasta el auto. Recuerdo al empleado de las Pompas Fúnebres llevándose la mesa. Las sillas plegadizas. Y el cielo. Recuerdo el cielo. El cielo, el cielo, el cielo. ¡El resplandeciente cielo! *Se vuelve a oír a lo lejos, un aria de Norma. El hombre se acerca al hombre joven, le pasa un brazo sobre los hombros. Lo consuela. Con dulzura y con un cierto humor, traduce las palabras de la ópera.*

El hombre

" Calma oh diosa,
calma esos corazones ardientes...
....Ah, vuelve a mí

en la paz y la hermosura
de tu fiel primer amor
y contra el mundo
yo sabré defenderte..."

*El hombre y el hombre joven salen juntos de escena.
La anciana dama de la arrugas estruja la carta. La
ópera se aleja y desaparece. Se oye el tic-tac de un re-
loj de pared acompasando el tiempo.*

La anciana dama de las arrugas

Mi amor, ahora que ya no existís, ahora que te has ido para siempre, ¿quién guardará el polvo de mis huesos en una caja y bajo tierra, quién? Ahora que ya no estás, arrugo tus cartas, mi amor, para no romperlas. Para nunca más leerlas. Para que siga allí tu amor, escondido en cada arruga. "Te amo, amor mío, y te amaré toda la vida". ¿Por qué me escribiste esta carta, mi amor, por qué? ¿Quién cerrará mis ojos, quién quemará tus cartas, quién? Tus cartas de aquellos tiempos, amor de mi pérdida juventud.

La anciana se duerme. Se oye más fuerte el tic-tac del reloj de pared. Las luces bajan despacito hasta la obscuridad total.

SEXTA NOCHE

La adolescente

En su cuarto. "¡82 veces sin parar?! ¡Qué barbaridad, es demasiado!" dijo mamá. No tendría que haberle dicho la cantidad de veces, pero tanto insistió... A ella le parece que soy demasiado joven para esas cosas. "Hay tiempo, para qué apurarse, sobre todo con las cosas como andan". "¿Y cómo andan, mamá?" Se puso a girar como un trompo: "¡Las enfermedades, las enfermedades, las enfermedades!". (*Deleitándose*) 82 veces... ¡Mamá todavía no se repuso! "¡En la vida hay que tener el sentido de los límites, mijita! Sino, te la pasás sufriendo. Y el amor es como el alcohol: no hay que abusar. Y además ¡qué sabrás del amor a tu edad! ¡Y qué sabrá tu amiguito! Que tendrá tu misma edad, supongo..." "Por eso,

justo, queríamos saber". "82 veces... ¿Y por qué las contaron?" "¡Y yo qué sé! Porque nos divertía. Y además como la hermana de Verónica nos dijo que era mejor con la lengua, quisimos probar. Al principio no nos salía bien. Era la primera vez que yo le daba un beso a alguien. Y él también. Él es el hermano de Verónica. Ensayamos y ensayamos... Paramos porque no podíamos más tragar la saliva. Se nos chorreaba hasta el cuello..." ¡Mami puso una cara de asco! Y empezó a los gritos: "¡Para qué se rompe una enseñándole la moral a sus hijos! ¡Esta época de ahora es totalmente inmoral! ¡La Iglesia Católica estará vieja y pasada de moda, pero lo que nos enseñó sigue siendo lo mejor! ¡Todos somos hijos de la moral cristiana! "Con Verónica nos matamos de la risa. Hago colección de empleos: primero: hija del plan de fomento a la natalidad; segundo: hija de la moral cristiana. *Pausa.* Después mamá se puso a llorar. Me decía: "es demasiado pronto, mi querida, mi nena, es demasiado pronto..." *La adolescente se interrumpe: la anciana dama de las arrugas pasa, conversando con la mujer. La adolescente al principio sólo logra escuchar fragmentos de la conversación, pero termina escuchándola toda.*

La anciana dama de las arrugas

... demasiado pronto, demasiado tarde, quien sabe... Qué extraño, a los cincuenta años... Nunca creí que yo... nunca... y sin embargo... descubrí... la dulzura... me gustó. Elena quiso que viviéramos juntas. Yo había vivido con Enrique... Un día se fué. Los hombres son inexplicables. Durante mucho tiempo estuve muerta, hasta que... ¡Las manos de Elena! ¡Qué dulzura desconocida! Resucitaron mi piel, mi cuerpo, el corazón... Me gustó. Siempre dije: una mujer sin hombre no es una mujer y sin embargo... ¡Elena no había amado jamás a un hombre! Y yo... durante algunos años olvidé completamente a Enrique... ¡Qué extraño! ¡A los cincuenta años! Quién lo hubiera pensado...

La mujer

Interrumpiéndola. Pensar es peligroso. Tengo treinta y seis años, la vida pasa. Los chicos ya son grandes. Ya ni me acuerdo cómo los hice. No los vi nacer. Dormía. ¿Para qué sufrir? había dicho el doctor. Y me durmió. No los vi nacer. Los veo vivir. Los quiero. Me acuerdo de cuándo y dónde hice al último de mis hijos. Fue una tarde, bajo los pinos. El me dijo vení, vámonos a algún lado. Hacer el amor en casa es imposible. Caminamos hasta el pinar cerca de la playa. En casa quedó su madre. Vivía con nosotros. Dormía en el cuarto al lado del nuestro. El le llevaba todas las noches una taza de tilo a la cama. A ella sí le hablaba. Hablaban de negocios. "Mi madre es una gran mujer de negocios. Los negocios son algo importante. De negocios hay que saber. Yo y mi madre nos ocupamos juntos de los negocios. Vos, ocupate de tus hijos". Hicimos otro hijo. El último. Lejos de casa. Para poder gritar y gemir. Que su madre no nos oyera. Que no oyera que su hijo cogía. En el auto, en medio de un pinar. Pleno invierno. Afuera, un sol espléndido. *Para sí misma.* Pienso. En el goce perdido. Ya no tengo más recuerdos. Ninguno. Acordarse es peligroso. Pensar. Irse. Quedan los chicos. Pero ya no son tan chicos. Estoy pensando en algo en que no debería pensar. Pensar lo que estoy pensando es algo que no se hace. Pero yo lo hago. Pienso eso. Sería bueno que se muriera. Sería lo más simple. Con él muerto, yo no me iría. ¿Irme adónde? Que se muera. Sería mucho más simple que un divorcio. Divorciarse es complicado. La muerte es definitiva. Se murió. Punto. *Larga pausa. La mujer reflexiona, feliz.*

La adolescente

En su cuarto. La pareja. ¡Qué invento! El problema es que todavía no se encontró nada mejor. Las comunidades eran un disparate: demasiada gente. Al final uno se olvidaba de quién era su compañero. Muy lindo el amor libre pero des-

pués una tenía que aguantar una comunidad de pedos y de ronquidos y de a diez en el baño aquello era un barrial, no alcanzaban los trapos de piso y encima se tapaba el water, dice mi mamá. Ahora por suerte parece que está permitido "concubinar". Es casi lo mismo que un matrimonio pero si uno quiere separarse sale mas barato que un divorcio y es menos complicado, dice mi mamá. Razón de más para no casarse, cuando una sabe que después tiene que divorciarse. ¡Sólo pensarlo, me cansa!

La mujer

Para sí misma. Este pensamiento es mío. Me pertenece. Se me ocurrió a mí sola. Nadie me educó para pensarlo. Nadie me enseñó. Me gusta este pensamiento. Es dulce. Es peligroso pero me gusta. Si quiero seguir acariciando este pensamiento puedo. Y querer, quiero. Después, dentro de un rato, cuando haya terminado de pensar en su muerte, en cada detalle de su posible muerte, voy a ir a acostar a los chicos y a leerles un cuento para que se duerman. *Larga pausa. La anciana dama de las arrugas y la mujer salen. La adolescente queda sola.*

La adolescente

En su cuarto. Casarse es cosa de viejos. A los viejos les conviene. Así no están solos y como con la edad pierden el olfato no les molesta el olor a pedo. Además para hacer pis pueden usar una pelela. Los abuelos de Verónica tienen cada uno la suya. Es lo más práctico. Cada cual con su vida ¿no?

SEPTIMA NOCHE

Se oye la misma música de la fiesta de los veinte años. Risas Conversaciones. Tintineo de copas. Pasan bailando El, Ella y el Amigo bailando, una copa de champaña en la mano.

El

¡Por los cuarenta años de casados!

El amigo

¡Por los cuarenta años! ¡Qué maravilla! ¿Cuál es la receta?

El

Mami ¿oís? *Se oye la rumba de los años 50, la misma de la primera fiesta.*

Ella

¡Papi! ¡Es la rumba que bailamos el día que nos conocimos! *Bailan felices, riéndose, pero de repente Ella grita; ¡Ay, me pisaste, qué bruto!*

El

Mami, ¡fué sin querer!

Ella

Hace cuarenta años que me decís lo mismo, ¡no puedo más! ¡Estoy harta, harta, harta!

El

Mami, hace cuarenta años que me contestás lo mismo ¡te adoro! *Salen bailando. Silencio. La adolescente pasa. Abre una puerta, mira. Una mujer está planchando. Un hombre la observa.*

El hombre

¡Plegar! Primero: dividir la camisa en cuatro partes verticales y en cuatro partes horizontales. Segundo: plegar el cuarto vertical derecho hacia el centro de la camisa, luego el cuarto izquierdo. Continuar plegando las mangas: depositar la manga derecha sobre el cuarto derecho ya plegado y la manga izquierda sobre el cuarto izquierdo. Luego plegar nuevamente las mangas hacia el borde de la camisa. Tercero: acomodar los puños bien planos sobre las mangas dobladas. Cuarto: replegar el faldón de la camisa hasta el cuarto inferior horizontal de la espalda y depositarlo justo a la altura de la mitad de las mangas plegadas, sobre los puños. Quinto: replegar los dos cuartos superiores horizontales de la camisa, de manera tal que el cuello quede coloca-

do sobre el borde inferior de la camisa plegada. Observada desde arriba, la camisa debe formar un rectángulo perfecto. ¡Perfectamente plegado! ¡Sin la mínima arruga! Alisar apenas con la plancha. Volver a empezar con la camisa siguiente. *La mujer, que ha escuchado religiosamente, trata de repetir la lección, pero no se acuerda bien...*

La mujer

Plegar. Primero dividir la camisa en tres... no... en cuatro partes horizo... no verti... no horizo... *De repente furiosa. ¿¡Plegar!? ¿¡Replegar!? ¿¡Alisar!? ¿¡Planchar!? ¿¡Recomenzar!? ¡¡Arrugar!!*

El hombre

Estalla. ¡Un cajón para cada camisa y cada camisa en su cajón! ¡Lo he repetido hasta el hartazgo! ¡Este mueble esta hecho a propósito! ¡Para que estén perfectamente ordenadas! ¡Perfectamente planchadas! Impecables. Inmaculadas. No hay nada más elegante que una camisa blanca bien planchada. ¿Dos camisas por cajón? Ni pensarlo. Es una falta de gusto, una falta de "savoir vivre". "Savoir vivre" ¡ni siquiera sabés lo que es! La elegancia, tampoco sabés lo que es. En los negocios la elegancia cuenta. ¡Indispensable! Sin buena presentación, la plata no entra. ¡La pinta! Treinta y un cajones. Treinta y una camisas. Una por día. Treinta y una por mes. Los meses de treinta días se gana una camisa. Que se guarda para el mes siguiente. En febrero se ganan tres camisas salvo en los años bisiestos. ¡Hace años que lo repito! ¡Y no me vayas a decir que soy maniático! Me importan los detalles, ¡eso sí! Fíjate este cuello: ¡arrugado! ¡Es insoportable! Si la tal Irma no sabe planchar, ¡la echás! Pero no. Claro, ¡si no sabés echar a nadie! Y encima te la pasás quejando: que la casa es demasiado grande, que con tantos chicos no alcanzás a arreglárte las telas y que la cocina y que el planchado y que esto y que aquello y que ¡guau, guau, guau! ¡A los ladridos, todo el día a los ladridos!

Ya lo conozco el verso. Hace años que lo oigo. El

que paga soy yo. Para que las cosas se hagan. Y bien. Para que todo sea perfecto. Y ya te he dicho que no soy un maniático. Cuido los detalles, eso sí. ¡Pero tomás a cualquiera! ¡Una negra analfabeta salida de andá a saber qué cantegril! Mirá ¡pero mirá esto! Puños mal doblados, tirabuzones en vez de mangas, ¡todo torcido! ¡Todo arrugado! ¡Horrible! Explicame cómo hago para ponerme este trapo ¿querés? ¡Irma! ¡Irma! Llamala. Le voy a explicar yo mismo como se plancha una camisa, dónde se guarda: un cajón para cada camisa ¡cada camisa en su cajón! Este mueble esta echo a propósito, por Dios, ¡a propósito! ¡Irmaaaa! ¿Dónde se habrá metido? ¡Llamala inmediatamente! Serví para algo. ¡Inútil! ¡Incapaz! Lo único que sabés hacer es quejarte. Que la plata no te alcanza, que no salimos nunca, que a los chicos les hace falta esto y aquello y lo otro y ¡guau, guau, guau! ¡A los ladridos! Pero si sos incapaz de enseñarle a planchar a una negra analfabeta y tarada. ¡Tarada! ¡Analfabeta! ¡Y no sabés vivir! ¡Ni cuidar los detalles! ¡La elegancia! *Larga pausa.*

La mujer

Con una gran calma. Con o sin tus camisas de mierda bien que te la cogés a la negra tarada y analfabeta, ¿no? Te -la- co-gés. *Salen.*

Vuelve la música de la fiesta. El escenario vacío. Luego entra la adolescente. Queda sola en escena. La fiesta pasa afuera, no es visible.

El

¡Por los cincuenta años de casados, mami!

El amigo

¡Cincuenta años, qué maravilla! Yo, si algún día festejo cinco...

El

Mami, ¿oís? *Se vuelve a oír a rumba de los años 50.*

Ella

¡Papi, es la rumba que bailamos el día en que nos conocimos!

El

¡Vení, te saco a bailar! *Se oyen risas y de repente Ella grita.* ¡Ay, la espalda! ¡Me apretás demasiado fuerte, qué bruto!

El

¡Pero lo hago sin querer mami!

Ella

Hace cincuenta años que me decís lo mismo ¡no aguanto más! ¡Estoy harta, harta, harta!

El

Mami, hace cincuenta años que me decís lo mismo. Te amo. *La música se corta en seco. Largo silencio.*

Otro espacio. Otra luz. Aparece un hombre. Está por abrir la puerta de una heladera. La mujer irrumpe en la pieza.

La mujer

¿Qué estas haciendo? *El hombre interrumpe su acción y se queda quieto escuchándola.* ¡No, pero explicame cómo querés vivir! Qué cosas te importan. Aparte chuparle las medias a tu jefe. Ya sé qué estás construyendo tu futuro, pero ¿y yo? ¿Cuándo tenés un poco de tiempo para mí? Jaimás. Hace siglos que no tomamos vacaciones juntos, que no salimos, que no vamos al cine. ¡Milenios hace! Y además no sabés lo que querés. Yo por lo menos sé perfectamente lo que quiero. Trabajo como una negra, pero sé lo que quiero, para qué vivo, adónde voy. Lo demás me importa un bledo ¿entendés? ¡Un bledo! El imbécil de tu jefe, tu trabajo imbécil ¡un bledo! Yo estoy por encima de todo eso, por encima de esa vida chiquita, de los horarios fijos. Mi vida me la organizo como quiero. Los horarios los decido

yo, como se me da la gana. Es mucho más difícil vivir así, claro, pero es infinitamente más interesante. No tenemos absolutamente nada que ver. No me entendés. Nunca me entendiste. ¿Y por qué me tendrías que entender? A las mujeres no las conocés. ¿Qué sabés de las angustias y de los miedos de las mujeres? Nada. Te la pasás todo el día sentado en tu oficina contestando por teléfono: ¡claro claro no se preocupe no se preocupe! Tiempo para preocuparte por mí no tenés. Tiempo para enterarte de que sufro tampoco. No estás nunca en casa. ¿Para qué servís? Para que en esta casa se coma. Si, ya sé, es eso lo que me vas a contestar. Pero yo soy alguien que piensa, que reflexiona. Soy alguien que inventa mundos nuevos. A mi imaginación le abro las puertas, las ventanas ¡la dejo vivir! Vos, a tu imaginación la metés en la cacerola del puchero. Te embrutecés. No lees ni el diario. ¿De qué se puede hablar con vos? ¿Y el amor? Es imposible hacer el amor juntos. ¿Cómo querés que haga el amor si no hablamos? ¡Siglos que no hacemos el amor! Nunca decís ni una palabra. No sé hacer el amor sin hablar. No sé qué pensás. Me paso la vida preguntándote qué querés, qué hacés, qué pensas. Estoy harta. Decí algo. Lo que quieras. Cualquier cosa. Pero hablá. Usá el cerebro. Alguna idea tendrás. Hablá. ¡Decí algo, decí algo, decí algo!

El hombre

Suavemente. Tengo hambre... La mujer da un portazo y los dos desaparecen.

Vuelve la música de la fiesta. Esta vez ni siquiera la adolescente aparece. El escenario vacío y las voces y la música lejanas.

El

¡Por los cien años de casados!

El amigo

¡Cien años! ¡Qué maravilla! ¿Cómo han hecho? Yo soy incapaz. Qué envidia... *Se vuelve a oír la rumba de los años 50.*

El

Mami, ¿oís?

Ella

¡Papi, la rumba que bailamos el primer día que nos conocimos!

EL

¡Mami, vení, bailemos! *Risas, pasos de baile.*

Ella

¡Ayyyyyy!

El

¡Pero mami lo hice sin querer!

Ella

Hace cien años que decís lo mismo, no aguanto más ¡estoy harta, harta, harta!

El

Mami, hace cien años que me decís lo mismo. ¡Te quiero! *La música se corta en seco.*

Luz. El hombre y la mujer.

La mujer

¿Sabés lo que tendríamos que hacer? Casarnos cada uno por su cuenta. Después nos veríamos como amantes. Sería una manera de volvernos a encontrar: el amor imposible. La vida cotidiana nos destruye.

El hombre

Yo no puedo vivir solo. No puedo pasarme las noches esperándote. O buscándote. Acabo de conocer a alguien. Alguien que no ha inventado la pólvora. Ni es capaz de inventar nuevos mundos todos los días, ni tampoco es muy linda ¡pero qué importa. Pasaremos juntos todas las noches y todos los días de la vida.

La mujer

Volvamos a ser amantes. A vernos a escondidas.

Como será un amor prohibido ¡nos vamos a enloquecer el uno por el otro!

El hombre

Ella se ocupará de mí. Dormirá conmigo todas las noches. Nuestras piernas enlazadas. Creo que así será hasta el día de mi muerte.

La mujer

Podremos volver a sentir la urgencia de vernos, la necesidad imperiosa de abandonar la mesa, la cama, el trabajo, los chicos, ¡sí, sí, hasta los chicos! para encontrarnos aunque más no sea un minuto en los brazos del otro. ¡Habrá que mentir, hacer trampa, traicionar! Nuestras noches serán inolvidables porque serán escasas y cortas.

El hombre

Hasta que me muera podré vivir así: de mañana el desayuno los dos en la cocina soleada. Las cocinas felices siempre tienen sol. Después del trabajo, un vinito juntos frente a la chimenea o mirando la televisión. Ella, los chicos y yo... ¿Por qué no? No será una vida apasionante. Será una vida tranquila.

La mujer

Hasta nuestra muerte podríamos vivir así: arrebatados por la violencia del deseo, amándonos en la cama anónima de un hotel, acogedora justamente porque no es la nuestra, porque es siempre nueva, otra, diferente.

El hombre

Ella y yo envejeceremos juntos. No es nada exaltante, es algo que tranquiliza. Veremos deformarse nuestros cuerpos, marcarse las arrugas. Ya no tendré mas erecciones, no podré entrar en su sexo seco y canoso. Pero nos moriremos juntos, de la mano.

La mujer

Un día, de casualidad, me enteraré de tu muer-

te. O vos de la mía. Y el deseo aún vivo en nuestros cuerpos nos hará llorar. Así te quiero: en el amor prohibido, culpable, imposible, efímero, precario, perdido... Te quiero si perderte me da miedo, te quiero si tu ausencia me angustia, te quiero si te vas. ¡Quiero que nos abracemos, que nos dejemos, que volvamos a encontrarnos, que se nos desgarre el corazón! ¡Quiero vivir!

El hombre

Por vos se me rompió el corazón. En la tibieza de la cama rozaré su pierna, su vientre, respiraré su olor. Se podrá derrumbar el mundo. Nunca más quiero estar solo. *El hombre y la mujer se miran inmóviles.*

En otro espacio aparece la anciana dama de las arrugas.

La anciana dama de las arrugas

Que lloren mis ojos mi padre ausente desde hace tantos, tantos años

Que llore mi vientre el hijo que jamás dejé nacer
Y vos mi amor por qué te fuiste para siempre de este mundo

Por qué te quedaste para siempre clavado en mi recuerdo

Por qué me dejaste envejecer sin tus manos

Que llore mi corazón la juventud perdida y el recuerdo de tu amor

Amor mío de mi vida

Que llore y que se escondan mi llanto y tu recuerdo

Para siempre en alguna arruga de mi alma.

La anciana dama queda visible mientras el hombre y la mujer se separan. El hombre se va. La adolescente, de lejos, observa la escena.

La mujer

Mirando al hombre que se aleja y para sí misma. Recuerdo muy bien aquel tiempo. La memoria es selectiva. Recuerdo mi divorcio. El juez nos preguntó si queríamos reconciliarnos. No, ¡claro que no! En ese caso, no hay más nada que decir.

Recibirá los papeles en cuanto se pronuncie el divorcio. Adiós señora, adiós señor. El juez nos mira, sonríe, observa: qué curioso, parece como si todavía estuvieran de novios... En la calle caminamos bajo los plátanos, las manos en los bolsillos, como si nada hubiera pasado. El mundo sigue siendo inexplicable. El se fué en ómnibus, yo crucé a pie la ciudad. No nos dijimos adiós. *La mujer sale y se cruza con la adolescente y el hombre joven, pero no los ve. El hombre joven lleva una valija.*

El hombre joven

A la adolescente. Un hombre se enamoró locamente de una mujer. Para vivir con ella lejos de la agitación del mundo, construyó una casa en un lugar solitario. Quería que fuera un nido de amor para la mujer de su vida... Cuando la casa estuvo lista, el hombre le propuso a la mujer no verse durante un año. Quería borrar el pasado de ambos. Quería entrar con ella en la casa nueva como si recién hubieran nacido. Vírgenes para comenzar una nueva vida. La mujer aceptó, pero cuando se volvieron a ver al año siguiente, le dijo que amaba a otro hombre y que se iba a vivir con él. El hombre creyó morir. Cayó en una especie de sopor, de ausencia. Trató de entrar en la casa nueva pero no logró cruzar el umbral. Durante semanas se encerró en su antigua casa sin hablar ni ver a nadie. Finalmente un día abrió la puerta, salió al aire libre y caminó hasta la panadería más próxima. Le encargó al panadero un pan especial: un pan en forma de mujer. Pero de mujer enorme, de mujer gigante, dos veces la talla normal. Después, invitó a todos sus amigos a una fiesta en la casa nueva. Es para inaugurarla, les dijo. Los amigos llegaron a la casa contentos, pensando que el hombre había vuelto a la vida. Y se encontraron con una fiesta sin música y sin nada que comer. Sólo había vino: litros de vino tinto, espeso como la sangre. Cuando los invitados terminaron todo el vino, cuando estuvieron totalmente borra-

chos, el hombre abrió la puerta de su cuarto. Allí estaba la mujer gigante, de pie en medio de la habitación, en lugar de la cama de matrimonio... Los invitados la miraban, mudos, sobrecogidos, pero el hombre sonreía. Es mi mujer de pan, dijo. Y les pidió que se la comieran pero sin tocarla con las manos. ¡Cómanla! ordenó. ¡Muerdan, mastiquen, devoren! Los invitados hincaron los dientes en la mujer de pan, la mordieron, la despedazaron sin tocarla nunca con las manos. Solamente las bocas la tocaban: labios, dientes, lenguas... Se reían, gritaban, borrachos, arrancando a dentelladas la carne de harina, empujados por la voz del hombre que les ordenaba que se la comieran hasta hacerla desaparecer. El pan estaba tibio todavía. Debajo de la costra dorada que crujía, la miga era tan tierna como la piel. Y a medida que la mujer desaparecía en el vientre de sus amigos el hombre se sentía más y más liviano, más y más alegre. Terminó por estallar en una carcajada interminable. Después azuzó a los perros para que limpiaran el piso con la lengua y se tragarán hasta la sombra de la última miga.

El hombre joven sale. La adolescente queda sola.

Una pareja entra, la misma del Crepúsculo.

La mujer

Te siento lejos... *El hombre no contesta.* Acercate. ¿No podemos darnos la mano?

El hombre

Por qué no...

La mujer

Dame la mano.

El hombre

No. Vos, dame la mano.

La mujer

No. Vos.

El hombre

No. Vos. *Silencio. De repente se abrazan, se besan con violencia y se separan.*

La mujer

Te dejo.

El hombre

¿No me querés más?

La mujer

No, no es eso.

El hombre

Violento. ¿Querés a otro?

La mujer

Tampoco.

El hombre

¿Y entonces?

La mujer

Te dejo. No hay nada que decir. Es así. Sin explicaciones. Se va. *El hombre se queda solo un momento, en silencio. Después pega un grito de animal herido. A continuación sonríe misteriosamente y se va, las manos en los bolsillos. Se cruza con el hombre joven que llega con su valija, pero no se ven.*

El hombre joven

A la adolescente. ¿No dormís? Yo tampoco. Las estrellas se mueren poco a poco... Está por nacer

el día. ¿Te muestro las estrellas? *Los dos miran el cielo.* Desde aquí se ve todo el cielo. Y todas las estrellas... Esa es la Cruz del Sur... Y aquella, la estrella Polar... Señalan el rumbo a los marinos, a los niños perdidos en el bosque, a los enamorados... ¿Estás enamorada? *La mira.* Creo que podría enamorarme ya mismo... ¡Tengo ganas de bailar, de reírme, de hacer el amor! ¿Aprendiste a besar? ¿Sí? ¿No? ¿Es un secreto? *Ella lo mira sonriente, coqueta.* Ya aprenderás, se aprende siempre cuando llega el momento. *Pausa.* Es hora de partir... El mundo es tan vasto... Me guiarán las estrellas... ¿Quién sabe qué nos espera? Hombres y mujeres para amar más de cien años, niños escondidos detrás de las puertas... ¡Seguro que algún día seré padre de muchos niños! *Pausa breve.* ¿Me das un beso? *La adolescente lo mira risueña y le manda un beso de lejos. El hombre joven sonríe y se va. La luz cambia lentamente y por primera vez pasa de la noche al amanecer.*

ALBA

La adolescente se ha transformado en una mujercita. Ha crecido. La anciana la mira ponerse los zapatos de taco que le regaló.

La anciana dama de las arrugas

Y ahora, que te lleven lejos los zapatos, mi querida, caminando, caminando... El mundo es todo tuyo... Y andando se hace el camino. *La mujercita empieza a caminar alejándose de la anciana mientras desciende la luz.*

SUSANA LASTRETO es argentina, nacida en Buenos Aires. Vive en París. Su infancia y su adolescencia transcurren en el Uruguay. Estudia letras en la Facultad de Humanidades y francés en la Alianza Francesa y toma sus primeros cursos de teatro en la escuela de El Galpón. Antes de viajar a Europa en 1973, gana un Premio de Poesía en Montevideo.

En París obtiene el Diploma de Teatro de la Escuela de Jacques Lecoq y una Licenciatura en Letras y Teatro. Gana en 1989 el Premio del concurso de cuentos en lengua francesa, organizado por "Radio France International" (R.F.I) y el "Sécrétariat Perpétuel de l'Académie Française, abierto a los escritores cuya lengua materna no es el francés.

Actualmente se consagra principalmente a la escritura y a la puesta en escena, sin dejar de lado su vida de actriz. Es también profesora en la escuela de teatro de Jacques Lecoq.



HA PUBLICADO EN FRANCIA :

TEATRO (Ediciones La Fontaine Dialogues-Théâtre)

"**Couples**".

"**Trans Amaranta**". Colección "Tapuscrits".

"**Le cancan des corps guerriers**".

"**Nœuds**", "**Strip Tease**", "**La dictée**", "**Et l'an qui passe**".

Todas las obras han sido estrenadas en Francia y presentadas en varios festivales internacionales (Montevideo, Sarajevo, Bayonne...)

INÉDITA:

"**Aquel jardín infinito**". (1997) (traducida al francés, "Cet infini jardin" será llevada a escena en el 2.000)

CUENTOS

"**Le caprice de Lola**", "**Des roses et des anges**", publicadas en la revista literaria NYX.

"**Clément**" (cuento premiado), publicado en antología, Ediciones Hatier.

"**Mardi, place aux fleurs**". Libreto de una mini-opera del compositor francés Alain Savouret". En "Aspects de la musique contemporaine", libro y disco.

INÉDITOS

"**Le monsieur du mardi**" (novela en francés)

"**Verano de niños y de muertas**" (serie de cuentos en español)

Ha traducido al francés: de Jacobo Langsner "Un agujero en la pared" y de Ricardo Prieto, "El mago sobre el perfecto camino".